

«El que no tenga pecado lance la primera piedra» (Juan 8,7). Reflexiones acerca de la Encíclica Evangelium Vitae*

Gladys Parentelli**

Al máximo jefe de una de las grandes iglesias del planeta se le debe reconocer el derecho de orientar o enseñar a sus miembros. La enseñanza necesita ser adaptada al educando. Sin embargo, es evidente a cualquiera que tenga una cierta capacidad de análisis que, su última encíclica, deja traslucir que el papa Wojtyla no parece tener disposición de estar a la escucha de la situación de la humanidad para la que habla. Podría decirse que las realidades del mundo no lo tocan de cerca porque vive en una ciudad amurallada. Pero lo que es más grave, tampoco toma tiempo para aprender lo que le podría enseñar su propio jefe de prensa, Joaquín Navarro Valls, quien, además de ser miembro del Opus Dei, es un experto en comunicación de masas y trabaja para este papa desde la pasada década.

En efecto, esta encíclica, debería estar al alcance de todos los fieles, cuya gran mayoría no ha tenido acceso ni a la educación secundaria. Sin embargo, ellos se en-

cuentran ante un documento de bien difícil lectura. Baste decir que, en las 115 páginas efectivas de texto, se han intercalado 561 citas, lo que hace un promedio de cinco citas por página, mientras algunas páginas, contienen más de una decena, llegando, en un caso, a las diez y seis citas en una sola página. Si el análisis del papa fuera verdaderamente realista no sería necesario insistir tanto en los mismos argumentos ni buscar tantos apoyos de hasta 40 ó 50 siglos de antigüedad, a menos que Wojtyla trate, de esa manera, de intimidar de antemano a sus lectores.

Wojtyla en todas sus encíclicas, retoma el pensamiento del Antiguo Testamento (del Dios implacable y violento del Antiguo Testamento) el mismo que Cristo vino a dejar sin efecto, por eso murió en la cruz. También se basa en los llamados Padres de la Iglesia que fueron hombres movidos por la necesidad de imponer una férrea doctrina, en los primeros siglos de un cristianismo marginal, para evitar la dispersión de sus pocos miembros. Apela

* JUAN PABLO II, PAPA: *El evangelio de la vida*; Carta encíclica Evangelium Vitae del sumo pontífice Juan Pablo II a los obispos, a los sacerdotes y diáconos, a los religiosos y religiosas, a los fieles laicos y a todas las personas de buena voluntad, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana. Trípode, Caracas, 1995, 126 p.

** GAIA, Venezuela.

a san Agustín de Hipona (muerto en el año 430) y santo Tomás de Aquino (muerto en el año 1274) que eran hombres pesimistas y vengativos hacia quienes no compartían sus ideas. ¿Si el Vaticano reconoció su error de hace 500 años, de condenar a Galileo Galilei, no estarán absoletas las ideas de Agustín y Tomás que tienen mil quinientos y setecientos años de antigüedad? Wojtyla también se apoya en las ideas del cardenal Ratzinger, su subordinado, a quien sólo le preocupan los dogmas que, sin éxito, trata de imponer a los obispos del mundo (hay páginas con tres citas y, todas ellas, son de documentos de Ratzinger, las cuales suman 12 en toda la encíclica). Y Wojtyla, se cita a sí mismo en 37 oportunidades.

De más está decir que ninguno de los documentos citados, por el papa, fue redactado por mujeres, ni por Conferencias Nacionales de Obispos a pesar de que afirma que la preparó «en comunión con todos los obispos del mundo». (Items 5 y 6).

Wojtyla no se ha enterado que Jesús vino a la Tierra hace dos mil años a predicar el amor y la justicia; ni que la iglesia católica tuvo a un Francisco de Asís, a un Theilard de Chardin, a un Juan XXIII, ni que éste reunió el Concilio Vaticano II, en el cual se concluyó que la iglesia debe adaptarse a los tiempos (un número poco significativo de las citas, en este documento, corresponde a textos del papa que llamó al Concilio y de documentos emanados de este evento); ni que él es el pastor de una grey que tie-

ne varones y mujeres que han creado la Teología de la Liberación o la Teología Ecofeminista, precisamente porque son seres de este tiempo en el cual la mayoría de los cinco mil millones de habitantes de la Tierra, no goza de derechos (como el del trabajo para ganar dignamente su vida) y, lo que es más grave, vive en un planeta con problemas ecológicos que lo pueden llevar al desastre, según opinión de los expertos.

Analizar, detalladamente, esta encíclica significaría todo un ensayo, y tal vez, habrá algún teólogo pagado por el Vaticano que lo haga, pero, según mi personal criterio, ninguna persona sana que se preocupe por los verdaderos problemas que vive la humanidad debe perder su valioso tiempo en escribir largamente sobre el documento anticristiano, pesimista e inconsistente, como éste que reseñamos.

Por nuestra parte, agregamos algunas breves opiniones globales:

- ¿Qué pensaría Wojtyla si, mañana, el presidente de cualquier nación publicara un documento en el cual afirmara, por ejemplo, que la autoridad del papa es ilegítima porque una mayoría de católicos (según las encuestas en todos los países donde se han hecho) no está de acuerdo con las enseñanzas vaticanas acerca de los métodos anticonceptivos? Pues bien, ésta es una de las novedades de esta encíclica. En ella Wojtyla, por ejemplo, afirma:

«(...) el derecho originario e inalienable a la vida se pone en discusión o se niega sobre la base de un voto parlamentario o de la voluntad de una parte —aunque sea mayoritaria— de la población, (...) la democracia, a pesar de sus reglas, va por un camino de totalitarismo fundamental» (Item 20).

Entonces, si la mayoría escogida por el pueblo no puede ni discutir, ni decidir, las políticas de una nación, preguntamos, ¿serían los cardenales, designados por el papa, autoridades más legítimas y menos totalitarias, serían ellos quienes deberían tomar las decisiones básicas de las naciones reemplazando a los Parlamentos? ¿En dónde queda la división de los poderes? porque Jesús dijo «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mateo, 22,21). ¿Lo sabe este papa? Y, además, ¿«el derecho originario e inalienable de la vida» no es el mismo que deberían gozar los condenados a muerte? Condena que el Vaticano apoya.

Cuando la humanidad, felizmente, se va liberando de largos y oscuros siglos de autoritarismo, y de gobiernos nacionales totalitarios y asesinos, y constatamos que la sociedad civil se hace más democrática, buscando estructuras más humanas, e instancias que defiendan a los débiles de las agresiones de los fuertes, Wojtyla desconoce las ventajas y la autoridad del perfecto sistema democrático, en el cual pone su esperanza de felicidad la mayoría de la humanidad. Parecie-

ra que el actual papa añora los lejanos tiempos en que, para legitimar la autoridad de reyes y emperadores, éstos debían ser «consagrados» por el papa ¿será que Wojtyla tampoco se interesa en conocer la historia de Europa?

En este mundo en que vivimos hoy día, fin de siglo y fin de milenio, cuando la humanidad rechaza el autoritarismo porque ha aprendido que éste, en todas sus más típicas expresiones, ataca la libertad y la creatividad necesaria a toda vida, la autoridad de la iglesia ya no está dada por el mandato de Dios, sino por la fuerza de sus argumentos. En esta encíclica no oímos la voz del representante de Jesucristo, del Buen Pastor, sino de un hombre lleno de miedo ante la vida, que, a falta de argumentos nos apabulla con palabras, demasadas y la mayoría muertas, para tratar de no ser contradecido. Su falta de respeto hacia la gente se vuelve contra él y lo deshumaniza. Sin lugar a dudas, con este papa el Vaticano volvió a una visión de la iglesia que pretende dominar al mundo, ignorando y aniquilando la visión Conciliar de una iglesia abierta hacia el mundo.

- Cuando necesitamos un líder positivo, que practique la empatía, que hable de amor y de perdón para las ofensas, como lo hacía Jesús, Wojtyla, nos dice que «Dios interviene para vengar al asesinado» (Item 8), que «Dios no puede dejar impune el delito» (Item 9) o nos aplasta con afirmaciones apocalípticas como «La humanidad hoy nos

ofrece un espectáculo verdaderamente alarmante (...)), (inicio del ítem 17). Cuando más necesitamos creer en la bondad de los humanos, cuando hemos aprendido que el ser humano tiene matices, que así como cometemos, hoy, graves errores podemos, mañana, ofrecer hasta nuestra propia vida en actos generosos, solidarios o heroicos, Wojtyła, nos repite hasta la náusea, que en el mundo reside el mal, que la ciencia es mala, que estamos dominados por el mal.

- Como feministas que somos, no podemos dejar de reconocer que, por primera vez, en un documento papal, no se califica de asesinatos a las mujeres que abortan, por el contrario (Ítem 11, 35, 36, 99, etc.) se habla de que ellas no son las únicas culpables de sus abortos sino que les ha faltado la solidaridad del compañero y/o de las autoridades que las han abandonado a su propia suerte. Sin embargo, Wojtyła continúa condenando el aborto, tipificándolo de método anticonceptivo cuando esa tipificación es rechazada unánimemente desde la Cumbre de Naciones Unidas sobre Población de El Cairo (Sept. 1994) hasta la última persona de la catolicidad. ¿Esta condena podría ser producto de mala fe?
- Lo que el papa denomina cultura de la muerte (Ítems 12, 21, 26, 28 ...) es la cuestión más inconsistente y polémica de su encíclica, ya que por una parte defiende el derecho del feto a la

vida y por otra parte sigue aprobando la «guerra justa» y la pena de muerte (Ítems 55, 56, 57). A este respecto, el presidente de la Conferencia de Obispos católicos de Austria, Johann Webber, declaró a la prensa que:

«no es totalmente afortunado que la encíclica no se pronuncie con una negativa total a la pena de muerte». (El País, Madrid, 11.04.95, p. 21).

La cultura de la muerte no reside en que una mujer pobre, sola y abandonada, viendo morir a sus hijos se vea obligada a tomar la decisión de practicarse un aborto (Ítems 58 a 63). Tampoco reside en que un enfermo que subsiste desde hace décadas literalmente pegado a su lecho, en condiciones que no le parecen compatibles con una existencia humana digna de tal nombre, decida pedir a alguien que le ayude a morir (Ítems 64 a 67). Tampoco reside en que una pareja infértil busque la ayuda de la ciencia para engendrar un hijo (Ítem 63).

Más bien, la cultura de la muerte reside en las llamadas eufemísticamente «guerras justas» y en aceptar que se condene a muerte a quien ha cometido, tal vez, el primer gran error en su vida. En fin, pensamos, que la cultura de la muerte se origina en las fallas éticas que dan como resultado el abandonar a su suerte a los excluidos (el número incalculable de pobres o «diferentes» del mundo) en los agoísmos que siempre resultan estúpidos, en el consumismo estéril y alienable, en las ignorancias

culpables, en los excesos de poder frente a los débiles y en la falta de confianza hacia el ser humano.

- Hemos dejado para terminar esta nota lo que nos parece clave: la protección del medio ambiente. Lo que Wojtyla llama la cuestión ecológica (Item 42) le merece sólo una media página.

Pues bien, si Wojtyla se hubiera molestado en informarse acerca de los análisis del mundo que hace la teología ecofeminista (por ejemplo, Rosemary R. Ruether) y los argumentos en que ésta se basa, tal vez, no hubiera escrito esta encíclica o ella tendría un muy distinto contenido.

En efecto, la teología ecofeminista plantea preguntas claves acerca de la influencia que ha tenido sobre el planeta Tierra, la noción de Dios vehiculada por las tradiciones religiosas occidentales. Ruether denomina Gaia al planeta Tierra. Gaia es el nombre de la diosa griega de la Tierra y es la denominación que utilizan algunos biólogos (el primero Lovelock, 1979) para plantear su tesis de que nuestro planeta es un sistema que se comporta como cualquier organismo viviente. El concepto Gaia se ha difundido entre quienes buscan una visión religiosa en una espiritualidad ecológica. Estos consideran que el Dios, monoteísta y masculino, de judíos y cristianos, que ha organizado este injusto sistema patriarcal que nos rige, es un concepto hostil que racionaliza la enajenación de la Tierra y la indiferencia hacia ella.

Cuando se analiza los antecedentes de las situaciones culturales y sociales del sistema que rige la sociedad occidental, centrado en el varón (y no cualquiera, sino el varón cristiano, blanco, rico, poderoso, heterotextual) que han propiciado no sólo relaciones destructivas entre varones y mujeres, y entre dirigentes y grupos humanos oprimidos, sino también la destrucción de la comunidad biótica (de la que los seres humanos somos parte interdependiente) se llega a la conclusión que el problema de la destrucción del mundo, se origina en el estilo de vida y liderazgo de esta sociedad occidental y cristiana (consumismo incontrolado, armamentismo y guerras, que involucran gastos desmedidos de energía y otros recursos básicos, que necesitaría para su vida la mayoría excluida de la humanidad) cuya orientación ha sido regida por los jerarcas de la iglesia católica que le han dictado, siempre, las normas.

Entonces, la cultura de la muerte, no sería un problema de los derechos del feto, de parejas que usan, responsablemente, métodos anticonceptivos, etc., sino de hacer un examen de conciencia acerca del origen de la destrucción de la vida en la Tierra. Dicho en pocas palabras, es a la jerarquía vaticana que le correspondería hacer ese examen de conciencia, porque según la teología ecofeminista, son las religiones monoteístas las que han originado los problemas claves de la sociedad occidental.

Cuando nos consta que el liderazgo de los jerarcas eclesiales ha

fallado (desde que, bajo el Emperador Constantino, la iglesia hizo la opción de dejar de lado lo principal de las enseñanzas de Jesús y aliarse al poder del Estado), no podemos hacer confianza a los actuales pesimistas, dogmáticos y autoritarios jerarcas vaticanos. El problema es de encontrar una orientación distinta para la cultura así como proposiciones concretas que puedan fomentar una relación sana de los seres humanos entre sí y con toda la vida que supone la Gaia viviente.

A quienes necesitamos hacer confianza es a los seres humanos, a cada ser humano, sin las exclusiones que se originan en el sexo, el dinero, el color de la piel, la edad (niñez o tercera edad), el bajo status social o profesional y las preferencias sexuales. Necesitamos hacer confianza a todos los seres humanos para que, en libertad, utilicen sus mejores dones, la generosidad, la solidaridad, la capacidad de trabajo y de lucha por la justicia,

y que abran las compuertas de su creatividad para construir un mundo donde la vida, toda la vida sea respetada. Desde la sencilla flor que brota en la campiña y vivirá sólo un día, hasta el samán milenario. Desde el agua de la quebrada que quita la sed de la tierra hasta la de los inmensos mares indómitos. Desde la magnífica mariposa que vivirá sólo unas horas, hasta los animales que sacrificamos para alimentarnos y los grandes mamíferos que viven siglos y tienen capacidades inalcanzables para el hombre. Pasando por el aire, que llega hasta la capa de ozono y da vida donde está, y terminando en todos los elementos vivos que forman parte de la Gaia viviente.

Si confiamos en todos los seres humanos podremos producir una cultura de vida para todos, pero en ella, seguramente, no habrá lugar para dictaduras espirituales como la que Wojtyla pretende imponer al mundo con la encíclica *Evangelium Vitae*.

Caracas, 20 de abril de 1995